



Un inmigrante descansa frente al Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI) de Melilla. / ANTONIO RUIZ

Más de diez mil sirios han entrado a Europa a través de Melilla

PATRICIA ORTEGA DOLZ, Melilla

En cuestión de meses, y con tres millones de refugiados aporreado las puertas de Europa, el modelo de gestión de flujos migratorios de Melilla ha pasado de ser criticado a ser un ejemplo a seguir en Europa. El "rechazo en frontera" y las vallas de

contención melillenses resultan un éxito por su eficacia disuasoria. Desde 2012, más de 10.000 sirios han cruzado esa frontera, 8.000 en 2015 y 400 este año. El 90% se ha ido, según fuentes policiales y ONG. Nada de eso sería posible si Marruecos no hiciese, como Turquía, el trabajo más incómodo.

En menos de un año, las llamadas "devoluciones en caliente", que el Consejo Europeo entendía como una vulneración del Convenio Europeo de Derechos Humanos y de la Convención sobre el estatuto de los refugiados de 1951, han pasado a ser "compatibles con su directiva de retorno". La presión migratoria ya no era solo una cosa de los países del sur de Europa y llevaba a la canciller Angela Merkel el pasado 8 de marzo a negociar a cara de perro y hasta la madrugada en Bruselas con su homólogo turco Recep Tayyip Erdogan. Ambos dieron forma a un acuerdo que sonrojaba a toda Europa: Turquía acogería a los refugiados devueltos desde Grecia a cambio de 6.000 millones de euros (en dos tandas), visados para todos los turcos desde junio y facilidades para un eventual ingreso en el club de los 28.

Dos países, Marruecos y Turquía, con menos cortapisas legales y una menor protección de los

inmigrantes, para hacer el trabajo más incómodo de España y Europa respectivamente. Las contraprestaciones, sin embargo, no son tan claras y explícitas en el caso marroquí y dan lugar a circunloquios entorno a un tema tabú y sagrado para el reino alauí: el Sáhara Occidental. "Sin Turquía, Europa no podría hacer frente al drama de los refugiados", admite en una entrevista sobre el asunto con EL PAÍS el ministro del Interior en funciones, Jorge Fernández Díaz. Y, ante los cuestionamientos por el respeto a los derechos humanos, zanja: "Yo tengo que decir que igual que Turquía es un país seguro, Marruecos es un país seguro".

"No se puede resolver este asunto de forma limpia porque los estándares legales que los países de la Unión Europea se han dado a sí mismos lo hacen casi imposible", reconoce Carmen González Enrique, investigadora del área de migraciones del Real

Instituto Elcano. "Necesitamos países donde las normas no sean tan rígidas y permitan eso que aquí no podemos hacer", explica.

El sistema resulta disuasorio para los inmigrantes que quieren llegar de manera irregular y se sustenta en tres pilares. Por un lado, una triple valla, reforzada en distintas etapas desde el inicio de su construcción en 1997, con una inversión global de 48 millones de euros, según datos de Amnistía Internacional.

Rechazos en frontera

Lo segundo, los rechazos masivos de inmigrantes subsaharianos en frontera aceptados por Marruecos de buen grado desde 2006, aunque nadie sepa decir qué pasa después con ellos: "Muchos son enviados a Rabat, probablemente porque allí les dan mejor solución", improvisa el delegado del Gobierno de Melilla, Abdelmalik El Barkani.

Un modelo disuasorio eficaz

El modelo de contención y rechazo melillense, acompañado de la colaboración marroquí y de la reciente alambrada construida por el país vecino para dificultar aún más la entrada hacia la ciudad autónoma, resulta un éxito. Los saltos a la valla se han reducido notablemente en tres años.

De los 22.000 subsaharianos que se encaramaron a la valla en los 70 saltos de 2014, solo 2.000 lograron su objetivo: el CETI, el Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes de Melilla.

En 2015 hubo 11 saltos y solo un centenar de personas lograron zafarse de los guardias y entrar.

Y en lo que va de año, en cinco intentos, solo ocho personas han penetrado en suelo español.

Por último, la limitada capacidad de acogida que no llega a mil personas —tras la reciente ampliación del CETI— y que condena a un incómodo hacinamiento a los inmigrantes por un máximo de seis meses no les anima demasiado a quedarse en España.

Las vallas ya se han replicado en las fronteras de media Europa y la empresa malagueña Security Fencing (ESF) que las fabrica ha hecho su agosto, pero ¿hasta qué punto es este modelo extrapolable a Europa? Según El Barkani, "la experiencia de tantos años de Melilla es digna de tener en cuenta". Pero agrega: "Los melillenses, y yo como melillense, español y europeo, no nos podemos resignar a que este sea el modelo de inmigración".

El asunto es peliagudo. No hay una respuesta unívoca. "En la agenda comunitaria ya se habla de cooperación con los países de origen y tránsito, es decir, todo lo que nosotros hemos desarrollado: el Mediterráneo occidental ya no es ya problema sino solución", señala Fernández Díaz, que reconoce que la diferencia con Europa es que en España no hay refugiados. Él advierte del riesgo de que ahora se reabran viejas rutas si se taponan otras, pero presume de "un modelo exportable", que en realidad no es más que el resultado de las sucesivas respuestas de rechazo a las emergencias provocadas por las distintas oleadas de inmigrantes a lo largo de nuestra historia: crisis de las vallas en 2004, de cayucos en 2006, de refugiados en 2012...